



A los individuos artistas del Liceo.

NOVIEMBRE DE 1837

I

Allí está lo que el mundo llama mundo,
Arrastrándose imbecil por la tierra;
Ese reptil raquíptico é inmundo
Que en el sepulero su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
Mas, torpe esclavo de egoístas leyes,
Lleva sus pueblos á danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.

¡Vano placer! ¡Quimérica algazara!
¡Flor de una aurora sola y pasajera!...
De cerca, un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hom-
Las mujeres de allí no son mujeres; [bres,
Ellos cubren su nada con sus nombres,
Y ellas no tienen más que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Su ángel, de hinojos, con vergüenza doble,
Señor, contestará, ¡las han perdido!

Autómatas que viven porque viven,
Hoy al rumor de estrepitosa orquesta,
El ajeno renombre que reciben
Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropes,
Atraillando al cuerpo el pensamiento,

De un heredero nombre hacen laureles,
Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,
Es la tierra un inmenso anfiteatro,
Y ellos, que en esa atmósfera respiran,
Los actores, tal vez, de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
Se gozan, y en estúpidos placeres,
Canta el poeta en gigantescas rimas
El ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores,
Arrebata la luz al mediodía,
Y el músico, á los vientos bramadores,
A las aves y fuentes, la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona;
Hijo de Dios, como su Dios concibe;
Que con sus obras su nobleza abona,
Y no infama su estirpe mientras vive. [te,

Noble es el grande, y grande es el valien-
Quien, por ser como Dios, como Dios crea.
Ése es el noble que alzará la frente,
Trepando al sol hasta que sol se crea.

Ése á la tumba bajará ignorado,
Ése en la tierra vivirá mendigo,
A ése nada los hombres le hemos dado;
Su padre, que fué Dios, será su amigo.

Y cuando Él, que le dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirá el ángel con orgullo doble:
Hombre le hiciste; ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo
 Y baja al sepulcro rey,
 Cambiando, altivo, en diadema
 Los hierros que atan sus pies.
 Es grande el hombre de polvo,
 Que meditando en su sér,
 Del sol envidia los rayos
 Por brillar tanto como él.
 Quien en un cuerpo mezquino
 Un alma gigante ve,
 Y hacer lo que Dios pretende
 Porque hijo de Dios se cree.
 Quien sintiéndose con alas,
 Se arroja el viento á romper,
 Y va osado á las estrellas
 A preguntarlas *quién es*.
 Ése es el grande y el noble,
 Ése es el hombre por quien
 Hizo un Dios en siete días,
 Del cielo un ancho dosel,
 De toda la tierra un trono,
 De una existencia un placer,
 Del sol una eterna hoguera;
 Y apenas el hombre fué,
 Tendió el mar en la llanura
 Por alfombra de sus pies.
 No es noble ¡viven los cielos!
 Quien muestra un viejo broquel
 Por sus abuelos ganado,
 Que derribando á cercén
 La cabeza de algún moro,
 Le hicieron suyo después,
 Dividiéndole en cuarteles
 Los heraldos para él.
 No es noble quien pasa el día
 Encerrado en un harén,
 Entre eunucos y mujeres,
 Como impúdica mujer;
 Guardando del sol la frente
 Y de la arena los pies,
 Con un altar y un serrallo,
 Y el alma estéril, sin fe.
 No es noble quien cuenta ufano
 En su alcázar, cinco, diez,
 Veinte nombres en hilera
 Colgados en la pared,
 Al pie de veinte retratos
 De veinte nobles con él.
 No son la virtud y el genio
 Cetro y corona de rey,

Ni se heredan como escudos,
 Que el oro compra también.
 Los escudos enmohecen,
 Los tronos pueden caer,
 Pero la virtud y el genio
 Se levantan de una vez,
 Eternos como su estirpe,
 Que sólo Dios les da el ser.

II

Nobles, al cielo subiréis vosotros,
 Con esa gloria que buscáis inquietos,
 Y aquí en la tierra dejarán los otros
 Sus armas, y detrás sus esqueletos. [ria,
 Que empieza en el sepulcro vuestra glo-
 Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
 Porque el placer del mundo y su memoria
 Llega á la tumba, y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro,
 Porque su mármol su nobleza abona;
 La vuestra, en vez de mundanal decoró,
 Sólo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles,
 Porque duerma tranquila la cabeza,
 Y al pie pondrán el arpa y los pinceles,
 Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores,
 Que de la creación rasgando el velo,
 Formáis como Jehová luz y colores
 Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
 En el torrente y en la selva en vano;
 Allí, músicos, fué vuestra osadía
 Á sorprenderla con robusta mano.

Alzaronse al Señor templos y altares,
 Y allí fueron poetas y pintores;
 Vosotros le ensalzasteis con cantares
 Porque os dieron su voz los ruseñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,
 Y le cantáis vosotros en la tierra,
 Mientras de hinojos en el sacro suelo, [rra.
 Escucha humilde el hombre, ora y se ate-

Un solo libro nuestra Iglesia tiene,
 Que poetas cantaron y escribieron.....
 Ó al alma Dios de los poetas viene,
 Ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
 Crucéis el desierto mundo,
 Sin corona y sin blasones
 Que doren el nombre obscuro;
 Que ley es morir mañana
 Que á todos Dios nos impuso,
 Y después de vuestra muerte
 Cercarán vuestro sepulcro
 Los que aborrecen en vida
 Y al grande envidian difunto.
 Perros que ladran cobardes
 En torno un toro robusto,
 Que yace rendido en tierra
 Acogotado entre muchos.
 Los que aman oro en la tierra

Y de sus honras el humo,
 Ladran á los pies del genio,
 Sin que sus gritos agudos,
 Al tocar en sus oídos,
 Turben la paz de su orgullo.
 Y si á envidiar van sus rayos
 En derredor de su túmulo,
 No temáis, no, para entonces,
 Porque sus ojos confusos,
 Si osan mirar vuestra lumbre,
 Han de cegar á su impulso.
 Pues aunque á despecho brille
 Del alma imbecil de muchos,
 Ocultarla podrán todos,
 Pero apagarla ninguno.





EL AMOR Y EL AGUA

EL AMOR

—Pues en ti, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales,
Deja, fuente, que los míos
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen :
Porque si sueltos dejara
Entrambos á dos raudales,
Pusieran fuego á la tierra
Según al verterlas arden.
Y al menos, como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales,
Haz, reflejando mi duelo,
Que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra
Porque yo mismo me engañe
Pensando que lloran dos,
Uno en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuánto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas,
Por traición ó por desaire,
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que, llorando en ellas,
Que salga al jardín aguarde,

Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase,
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante,
Que porque no la dé enojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando hacia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale,
Cuando yo mire tus ondas,
Tus ondas me la retraten.
Así á tu blando murmullo
Enajenadas las aves;
A compás del agua trinen
Enamorados compases;
Así juguetonas vengan
En tu corriente á bañarse,
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan,
Que cuando el sol se levante
Piense que, en vez de rocío,
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Así en ti las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfía
En tus bordes á millares.
Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes,
A gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde,

Y partiéndolas en hebras
 Cuando como espejos salen
 Las rice, columpie y trence
 Suelto y revoltoso el aire.

EL AGUA

—Bien pensé, Amor, que eras loco,
 Mas no que tan loco fueses
 Que buscaras en mis ondas
 Tus hermosuras rebeldes.
 Si las hermosas se miran
 En el cristal de las fuentes,
 Es porque el perfil se borra
 Cuando el lindo rostro vuelven.
 Que si en el cristal quedaran
 Sus imágenes perennes,
 Por celos de aquella copia
 No se asomaran á verse.
 Vano consuelo es que quieras
 Ver la tuya en mi corriente,
 Para que viendo tu sombra,
 Con tu sombra te consueles.
 Porque si tal es el fuego
 Que tus turbios ojos vierten,
 Tal hará que hierva el agua,
 Que tu sombra no refleje.

Mas si al jardín, como dices,
 Por tu ventura saliere,
 Que la has de volver la espalda
 Si te lo persuades, mientes.
 Que, ó por postrarte á sus plantas

Ó porque mejor te viere
 Iráste loco tras ella
 Aunque de verte la pese:
 Y si te pinto su imagen
 En mis aguas transparentes,
 Acaso en tu desvarío
 Tanto por ella te ciegues,
 Que para abrazarla osado,
 Por mis ondas atropelles,
 Confundiendo ambos retratos
 Con barro, algas y peces.

No extrañes que tal te diga,
 Amor, si oirme te ofende,
 Que, según lo que deliras,
 No es extraño que tal piense.
 Y has de saber, pues en premio
 De mi compasión me ofreces
 Que sol, aves, hojas, flores,
 Amorosas me requiebren,
 Que aunque tú no lo mandarás,
 En esto ellas te obedecen:
 Pues si las aves me trinan,
 Es porque mis aguas beben;
 Si los árboles me arrullan,
 Es porque yo les remede;
 Si las flores me embalsaman,
 Porque mis aguas las rieguen;
 Y si el sol me tornasola,
 Es porque yo le refleje;
 Y el aire es tan galán mío
 Que imposible me parece
 Que ondular puedan mis hebras
 Sin que blandó me las bese,
 Y revoltoso jugando,
 Las rice, columpie y trence.

À la muerte de

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego,
 Sin oír las palabras de un amigo? [go,
 ¡Si al menos ¡ay! los días que me restan,
 Bajo la húmeda losa
 Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
 Cuando la lluvia fría penetrara,
 La piedra que te oculta de mis ojos,
 Y el cierzo de la noche
 Tus sienes no tocara.

Y mis manos la hierba arrancarían
 Que creciera en la tumba abandonada,
 Y alejaría el fétido gusano
 Que se arrastrara hambriento
 Con su sorda pisada.

Mas tú, ¡alma mía!, por tus rubias tren-
 Bullir le sentirás y por tu frente [zas
 Sin poder rechazarle, mientras el hombre
 Contemplará tu tumba
 Con ojo indiferente.

¡Si al fin quedaran las almas
 Velando el difunto cuerpo,
 En pláticas amorosas
 Con las almas de otros muertos;
 Si al fin así descansaras
 Bajo el pabellón del cielo,
 Sin que el tumulto del mundo
 Turbara nunca tu sueño;
 Si el amor que se hubo en vida
 Muriera en el cementerio,
 Y no hubiera en otro mundo
 Memoria del mundo nuestro!....

Mas ¡ay! que vendrán los hombres,
 Falsas plegarias mintiendo,
 Todos los años un día
 A visitar vuestro lecho.
 Vendrán con sus oropelos,
 Sus farsas y devaneos,
 La vanidad en el alma,
 La vida en el pensamiento.
 No á mullir vuestras almohadas,
 No á daros santos consuelos,
 Derramando en vuestras tumbas
 Las flores de los recuerdos;
 No á reconocer su nada
 En los despojos del tiempo,
 No á ver lo que sois vosotros,
 Para ver lo que son ellos;
 Que aunque un espejo es la tumba,
 Cubrir su cristal supieron
 Con velos de mármol y oro,
 Cuyo cortinaje espeso,
 Robando al cristal las luces,
 Impide que, á sus reflejos,
 El vidrio fatal les pinte
 El polvo donde nacieron.
 No; que vendrán á deciros
 Que han mentido en otro tiempo,
 Cuando al daros un sepulcro,
 «Dormid en paz», os dijeron.

Mas habrá un cielo, por dicha,
 Detrás de ese cielo azul,
 Donde irán, paloma mía,
 Los que mueren como tú.